

¡Bienvenido seas, año 1942!

Año 1942. ¡Bienvenido seas! Esperamos de tí grandes acontecimientos. Deseamos que seas histórico; tremendamente histórico: decisivo.

Sabemos que para ello es necesario también, y nos exigirás sacrificios, grandes sacrificios. Estamos los falangistas — lo que equivale a decir los buenos españoles, — dispuestos para ellos, para que al fin se logre la ansiada victoria que debe traer aparejada el llamado «orden nuevo», en el que la juventud y la nueva generación tiene puesta todas sus ilusiones y esperanzas.

No queremos comodidades ni «buena vida»; queremos lucha, ya que ella es necesaria para llegar al fin deseado. No queremos desaliento; por nuestra parte no lo habrá, ya que nuestro Fundador profetizó que éramos inasequibles a él, pero desgraciadamente somos, aunque selecta, una minoría, y es necesario que el desaliento no cunde en ninguno de los pechos españoles, pues seguramente todos ellos serán necesarios; quiera Dios que no se asiente en ninguno de ellos. Es necesario, lo queremos y si es preciso lo impediremos.

En lo que a política internacional se refiere. Claro que el ánimo que debe imperar entre los españoles en el año 1942 que entramos; no será nuevo; ya en el 1941 ha sido pródigo en detalles de esta índole.

La presencia de España en la preparación y organización de ese «orden nuevo» en Europa no es cosa nueva y está en el conocimiento de todos; pero no lo ha estado única y exclusivamente en la preparación y organización del mismo. Un puñado selecto, entusiasta, fervoroso, rayano al fanatismo, de falangistas españoles cooperan desde los campos ahora nevados de las estepas, a imponerlo y a vencer a la Rusia culpable. Valga esta ocasión para hacer constar nuevamente mi modesta pero sincera admiración para esos valientes y abnegados jóvenes españoles que están encuadrados en nuestra División Azul; ellos son los mejores y tenemos que sacrificarnos mucho nosotros para tan sólo igualarlos y ser dignos de llamarlos españoles como ellos, que ya José Antonio dijo que era una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo.

Pero no son suficientes estos detalles por elocuentes que sean; el año 1942 debe borrar este ambiente de titubeo, de duda, que pesa sobre nosotros. Si queremos una España imperial y justiciera, si queremos seguir siendo agradecidos — pues España nunca ha sido lo contrario — no caben dudas ni titubeos de ninguna clase. Nuestro corazón está con el de los componentes de la División Azul y sus camaradas de armas; sólo ellos pueden traérsela.

En lo que se refiere a política interior... ¡ah! venidero año 1942, esperamos más todavía de tí. Deseamos y queremos que aumentes nuestro espíritu patriótico y de justicia. Queremos también que destierres toda clase de odio de nuestro corazón; que junto a tí nos venga todo el valor y espíritu de sacrificio necesario para que nuestra Revolución Nacional-Sindicalista no quede sólo en los libros y se haga teóricamente; la queremos poner a la práctica y ello también significa grandes trabajos, grandes desvelos por parte de todos. Tienes que traernos — para que así sea — todo el valor necesario para sacrificar nuestros patrimonios y nuestra propia vida, si ello es preciso; no pueden haber egoísmos ni mediocridades de ninguna clase, y por desgracia lo somos aún mucho.

Haz que contigo vengan todos estos deseos y afanes y serás, año 1942, el mejor de toda la fecunda y rancia historia de nuestra España, que no es poco.

Con la seguridad de que así serás, ¡bienvenido seas año 1942!

P. V. R.

El Sindicalismo de la Falange

La Doctrina Nacional-sindicalista cuenta entre sus aciertos uno singular. Y lo sorprendente del caso es que nadie, absolutamente nadie, ha escrito o hablado de tal acierto. José Antonio, con su visión sobrehumana de la auténtica entraña de los problemas sociales, con su milagrosa acuidad intelectual tuvo el acierto de incluir entre su elaboración sistemática de las bases fundamentales del futuro Estado falangista, un postulado clave; el de la primacía de lo político sobre lo económico.

Nadie en España, ni siquiera Ramiro Ledesma Ramos con sus J. O. N. S., ni nadie fuera de España, llámese Hitler o Mussolini, pueden envanecerse de tal innovación doctrinal. Primero la política, después y subordinada a ella, la economía.

Tal primacía, contenida tácitamente en la obra considerable cualitativamente de José Antonio, es de trascendencia incalculable. Viene a sustituir el liberal *homo economicus*, por el eterno hombre, portador de valores humanos.

Por ello nuestros Sindicatos falangistas tienen una misión distinta de los sindicatos rojos, negros o blancos, o sea de los Sindicatos socialistas, anarquistas o católicos. Estos, aparte de diferencias más o menos perceptibles, coincidían en su afán meramente material, bajo de techo: menos horas de trabajo y más jornal. El sindicalismo falangista, en cambio, tiende a conseguir fines esencialmente espirituales. El primero de ellos, la libertad, grandeza y unidad de España. No se trata de un sindicalismo internacionalista, sino todo lo contrario, un sindicalismo vinculado a lo nacional, a lo nuestro, a lo español.

Antes los obreros veían sólo en el Estado una organización policiaca al servicio de la burguesía dominante. Ahora tiene en el Estado español un cuerpo místico dentro del cual integran unos órganos importantísimos, pero fuera del cual no podrían subsistir ni un segundo. Fuera del Estado no hay salvación.

Y conste que tales Sindicatos falangistas abominan de los llamados sindicalismos blancos o rosas, blandengues, esquirols y de fiestecitas dominicales. Son organismos ardientes, llenos de savia y de empuje revolucionario, aireados, viriles y violentos. Como que vienen a romper toda una serie de conceptos caducos. Por ejemplo el de la igualdad entre los tres términos clásicos: capital, trabajo y dirección. Los directivos son también trabajadores. Y en cuanto al capital es un factor secundario, subordinado al trabajo y dependiente de él.

La fuerza de nuestros Sindicatos estriba más que en el número de afiliados en su capacidad y fortaleza, según la indicación soreliana. Y ésta selección de elementos junto con la particularidad, ya constatada por Pouguet, de que la teoría, la táctica y los métodos de acción del sindicalismo, lejos de inspirarse en ideas democráticas, las niega, entrelazan nuestro sindicalismo falangista al nacionalismo falangista. Nace un Nacional-Sindicalismo antidemocrático y autoritario, jerárquico y político.

En vez de lucha de clases, infecunda y demoleadora, lucha por un imperio de España, fuertemente organizada y encuadrada en sus Sindicatos. Estos son las fuerzas de vanguardia, las tropas de choque del Nuevo Estado.

Se trata ni más ni menos que de «robustecer las corporaciones, los sindicatos, como respuesta al fracaso de la economía liberal», para «imponer por la violencia la más rigurosa fidelidad al espíritu de la Patria», según frases acertadas de Ramiro Ledesma.

Y a la par, nuestro Sindicalismo es profundamente intelectual. El propio Ramiro Ledesma dijo «sin ciencia no hay técnica, como sin cultura no hay tensión del espíritu». No queremos proletarios bastos y primarios sino trabajadores cultos y capacitados.

José Antonio en su conferencia pronunciada el día 2 de febrero de 1936 en el Cine Europa, afirmó: «Hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fué en otros tiempos».

Por ello tiene razón de ser el Sindicalismo falangista.

P. EYRE FERNANDEZ